

## TRAT. 3.º—SU VENIDA

el Profeta y encórvase todo sobre el niño difunto, junta su boca con la del niño, y ojos con ojos, y manos con manos, y cuerpo con cuerpo; al fin, juntóse todo con el niño, apocóse, encogióse el Profeta Eliseo; y vive el que estaba muerto, resucita el que estaba difunto. Tomóle el Profeta y sacóle afuera, y dalo vivo a su madre, y dícele: *En vivit filius tuus*. Cata aquí a tu hijo que vive. *Verdaderamente conozco que eres siervo de Dios y que vive el Señor en ti*, dijo la buena mujer.

¿Habrá aquí alguna madre que sepa llorar su muerto? ¿que sepa llorar e importunar algún santo Profeta? Llámase *Semen*, porque así como vos nacéis por generación de sangre, en lugar de sangre y lo que ella hace, hace acá el Espíritu Santo; y el mismo amor que la sangre pone, ese mismo pone el Espíritu Santo en el ánima adonde mora y adonde viene. Entendedme, que si viene el Espíritu Santo en vosotros, tendréis amor a vuestros prójimos, como a vuestros hermanos, y aún más. ¿Por qué? Porque más fuerte es el engrudo y liga del Espíritu Santo que el de la sangre, el cual hace solamente amar al padre y a la madre y a los hermanos y parientes.

Y por esto, puesto caso que la Virgen santa María nuestra Señora, a sólo Jesucristo nuestro Redentor tuvo, y fué su Hijo natural; pero porque fué allí derramado el Espíritu Santo abundantemente en su corazón y entrañas, ámanos en gran manera, ámanos entrañablemente. No hay comparación de esposo a esposa, ni de madre a hijo, ni de hijo a padre; más fuerte es el amor espiritual que como a hijos adoptivos nos tiene. ¿De dónde es esto? El mismo Espíritu Santo es ternura, es amor (*Jn.*, 4): *Deus charitas est*. Y como [con] tan gran abundancia y plenitud se infundió en la Virgen, no tiene que ver la viuda con ella. Las oraciones, y ruegos y lágrimas de nuestra verdadera Madre, trajeron al grande para que se hiciese chico, y el que es sobre todas las cosas se hiciese una cosa y se apocase, se encorvase y abajase, y el eterno se hiciese temporal. Esta Señora es por cuyas oraciones todo lo que se pide se alcanza del Señor.

2.—*El soplo de vida y el Espíritu Santo.*

*Yo vine para que tengan vida y más abundantamente la tengan.* Este Evangelio habla aquí a los Pastores; y pues no están aquí, habrémoslo de traer a nuestro propósito, que somos las ovejas.

Ya sabéis que Dios nuestro Señor nos quiere bien. Muy antiguo es el amor: al amigo viejo no le hemos de desechar. Ya sabéis cómo cuanto crió nuestro Señor Dios, todo fué para nosotros, y para nuestro servicio y provecho. Crió el cielo y la tierra, el sol y la luna, la mar y todo cuanto en ellos se mueve, estrellas, árboles, peces, animales. Señor, Dios mío, ¿para qué? Todo para servicio y regalo del hombre: «Quiero poner casa a mi hijo.» Estaba todo lo dicho criado; estaba como vacía la casa. Crió al hombre de lo más ínfimo de la tierra, y como buen ollero, desque lo tuvo formado de la tierra (*Gen.*, 2, 7): *Soplóle en la faz soplo de vida* (el hebreo dice *en las narices*). En soplando que el Señor le sopló, levantóse el hombre vivo.

*Sicut corpus sine spiritu mortuum est...* (*Rom.*, 8). Así como el cuerpo sin anhelito es muerto, así está muerta el ánima sin el Espíritu Santo. Este Espíritu Santo es ánima de nuestra ánima. Sopló Dios nuestro Señor en el primer hombre *spiraculum vitae*, resuello de vida, y luego la tuvo, y aquello fué figura de la vida espiritual. Dióle nuestro Señor Dios a Adán cuerpo, y para que aquel cuerpo tuviese vida y viviese, dióle ánima que lo vivificase; y para que aquella ánima también tuviese vida, dióle Espíritu santo, *Spiritus vitae*, dice San Pablo (*Rom.*, 8, 2); vida de mi vida, alma de mi alma. Dióle soplo de vida corporal, dióle también soplo de vida espiritual, fuéle dado Espíritu Santo.

¿Visteis nunca, que viviendo en estas dos vidas los primeros hombres, comieron y murieron; comieron y costóles la vida? Cuán bien acertado está: todo el bien de una criatura que a Dios quiere agradar, está en perder su libertad, y su querer propio, y voluntad. Fué Eva sin licencia a pasearse por el huerto; sin licencia fué, que si no fuera así, no cayera; engañóla el demonio, comió como el demonio le aconsejó, y murió el ánima, porque el pecado es pestilencia del ánima, es rejalgar para el ánima. *Aut potest aliquis*

*gustare, quod gustatum affert mortem?* (Job, 6). ¿Quién está aquí tan fuera de juicio, que comiese manjar que sabe cierto que comiéndole le había de matar? Mandáronles a nuestros primeros padres que no comiesen del árbol vedado, y certificólos nuestro Señor que luego que de él comiesen morirían; y comieron y murieron. Para manjar del cuerpo les había criado Dios en el paraíso terrenal muchos árboles; y para manjar del ánima, mandóles que del árbol prohibido no comiesen; de manera que la obediencia les dió Dios nuestro Señor para su ánima. Comiendo de los árboles que nuestro Señor había criado en el paraíso, comían los cuerpos de nuestros primeros padres, y vivían vida de ánima; manteníanse; y dejando de comer del árbol vedado, comían el fruto de la obediencia, y vivían vida espiritual. Desobedecieron al mandamiento que Dios nuestro Señor les había puesto, y murieron por la desobediencia muerte de ánima; porque quisieron hacer su voluntad, comen y mueren sus ánimas. Quedan obligados a morir corporalmente; queráis o no, corporalmente vuestro vivir es morir; daos por muertos, pues la vida no es otra cosa, sino una prolija muerte; como cuando uno está en la cárcel sentenciado a horcar, y ya no hay apelación, ni tiene remedio alguno, a este tal dadlo por muerto, pues está tan cerca de la muerte, pues no tiene remedio alguno. Murió nuestro padre Adán en el ánima, murió en el cuerpo, y todos cuantos de él venimos quedamos obligados a morir como él.

### 3.—*Todos los que antes vinieron son ladrones.*

¿Qué remedio? ¿Quién remediará esta muerte del ánima y del cuerpo? Entra el Evangelio, y dice nuestro Señor Jesucristo: *Omnes quotquot venerunt, fures sunt.* «Todos los que vinieron antes de Mí, ladrones y robadores son.»

¿Qué tal quedó el género humano? ¿Qué tales quedamos nosotros? Perdida la vida del ánima y obligados a morir corporalmente. ¿Qué tal está el que ha perdido la gracia? Está como un hombre que está condenado a muerte, que después de muerto se juntan a hacer experiencias de anatomía en él, y lo despedazan y acuchillan miembro por miembro; há-

cenle aquello porque ya está muerto. ¡Qué de crueldades hace el demonio y todos los demonios en una ánima que está sin Dios, que está muerta por el pecado! ¡Cuál lo paran, cuál lo llevan al que ha perdido su ánima, al que condenaron a muerte porque ofendió a Dios nuestro Señor! Plega a Dios que no lo probemos; pero si lo probasteis, cuando venía la tentación, luego os llevaba; cuando se os ponía un deleite delante, luego os llevaba; cuando venía la carne hacía lo mismo por una parte, y el mundo por la otra. Todos dan en aquella ánima que dejó a Dios, que volvió las espaldas a Dios por el pecado; todos la hieren y la acuchillan y hacen pedazos. Ya os dan una puñalada, por no querer vos perdonar una injuria; ya os dan otra, por tener un rencor con otro; ya os dan otra en persuadiros que robéis lo ajeno. *Todos son ladrones los que antes de Mí vinieron; todos los que a tu ánima venían, ladrones son: Fures erant.*

Como dicen los juristas, ladrón es el que hurta claramente en el día, en la lumbre del sol. Vinote una tentación de la carne, y aunque sabías que consintiendo en aquella suciedad perdías a Dios claramente, y lo entendías así y lo creías, que por aquello perdías a Dios y su amistad, y no obstante esto, lo cometías, este tal pensamiento, esta tal tentación es ladrón de mediodía, es ladrón que acomete en la lumbre del sol, pues que hace consentir en el pecado sabiendo que haces mal en ello, sabiendo que por aquello perdías a Dios y su amistad y gracia. Gran ceguera y gran miseria es la tuya, sabiendo cuán gran pérdida es la que pierdes perdiendo a Dios, y lo que ganas que es infierno para siempre; por una miseria, por un deleite que en un momento se pasa, pierdes a tu Dios, y pesa más delante tus ojos una fealdad y una suciedad que Dios. Claramente escoges por mejor la maldad, y olvidas a Dios, fuente y abismo de todos los bienes; y haciendo esto dejas te de hacer fuerza, aunque no del todo, porque libremente quieres. Este es el ladrón que viene de día, y te roba tu ánima, y la deja sin Dios y llena de todos los males.

El robador que viene de noche es el más peligroso, y más de temer. Tienes un buen pensamiento, y date Dios un deseo de le seguir en algo, y dices: «¿Para qué quiero riquezas? ¿Para qué quiero fausto? ¿Para qué quiero honra vana? Quiero dejar todo esto, quiero

pasarme con poco, quiero ser pobre; no quiero tratos, no quiero trampas, no quiero oficios, no quiero nada de este mundo.» Viénete otro luego y dicete: «¡Déjate de esto! Eso es perfección, esa vida es de perfectos; si que bien puedes mercadear, y tratar, y ser rico, y salvarte. ¿quien te quita que no sirvas a Dios, y des limosnas, y hagas muchos bienes? Antes los bienes dan más y más aparejo para salvarse el que los tiene, que no si fuese pobre; porque la pobreza acarrea muchos males, hace distraer al hombre, andando cuidadoso de las cosas que ha menester, y faltándole las más veces. Anda, que eso no lo quiere Dios, sino que anden sus siervos alegres y riéndose. La tristeza, y el andar la cabeza baja, y traer los vestidos rotos y de mal paño, hace que seas conocido y te tengan por santo, y de esta manera caerás en algún pecado de soberbia. Más vale que andes como todos andan, que no seas singular; que te comuniques con todos, que te vistas razonablemente; más vale que antes humilde en lo de dentro, que no en lo de fuera; que aquello es lo que mira Dios, que lo de fuera poco hace al caso, antes ayuda a encubrir la santidad del corazón, y de esta manera estarás más seguro.» Todo esto trae el demonio, no para que pares en esto, que no es de sí malo, sino para de aquí llevarte poco a poco a cosas peligrosas, de donde pierdas a Dios, y así hacerte entender que no hay peligro adonde le hay. Estos son los robadores que vienen solapados debajo de buenos y razonables colores.

Otros hay más peligrosos que éstos, y que más daño hacen. Dios nos guarde de espíritus, imagen de bestias, peores que brutos animales (*Ps.*, 48): *Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* Como el hombre estuviese en honra—que lo crió Dios en ella—, no entendió lo que tenía; pecó, y comparado es a las bestias, hecho es semejante a ellas. Mas ¿qué dirá Dios nuestro Señor cuando vea que un gusanillo de un hombre tenga fantasía, cuando vea que un hombrecillo, que delante de sus ojos es tan bajo y desagradecido, qué dirá? Dijiste que eras rico, y eres pobre; dijiste que eras bueno, y eres malo. Guárdeos Dios, por quien es, de tantico viento de corazón; guárdeos Dios, hermano, de tantica presunción, de tantica fantasía, de vanagloria. ¡El cristiano! ¿de

qué? Avergonzarnos teníamos, y afrentarnos y correr nos de nosotros mismos, cuanto más tener fantasía. Como bestias vivimos, como bestias comemos, como bestias dormimos, y como bestias morimos.

#### 4.—*La empresa de Cristo.*

Tuvo Dios compasión de nosotros; siquiera porque nos crió, no quiso dejar de remediarnos. ¿Y cuánto le costó, si os place, el remedio? Un pecado hizo Eva, pero bien caro costó. Vino Jesucristo, segunda Persona de la Santísima Trinidad, y vino el Espíritu Santo a poner remedio en esta llaga. Mira lo que crees, que el Hijo de Dios y el Espíritu Santo vinieron a la tierra para tu remedio. Y pues e ánima del hombre es semejante a Dios en la *naturaleza*, y en la *bondad y conocimiento* que tiene de Dios, *el ser* del ánima no se perdió; aunque el hombre muere, el ánima no se muere, siempre será; y como el Padre sea fundamento de las Personas divinas, atribúyese a Él el ser; y como aquel ser no se perdió, no vino el Padre. Perdióse el *conocimiento* del hombre, y vino el Hijo; perdióse la *bondad* del hombre, y vino el Espíritu Santo.

Vino el Hijo, porque nuestros pecados fuesen perdonados; vino el Hijo, porque se le hizo grande enojo comiendo manzana, porque comieron por haber la *sabiduría* del Hijo; porque *por el pecado*—como dice San Pablo (*Efes.*, 2)—*nacimos hijos de ira y de enojo*. No nos miraba Dios como a hijos, sino como a malos esclavos; éramos detestables delante de los ojos del Padre; vino Jesucristo al mundo, para que viniendo Él por amor de los hombres, el Padre los amase y quisiese bien, y los mirase con buenos ojos, y morase entre ellos. Esta fué la empresa de Jesucristo, que como el Padre se fué del hombre por el pecado, por su Hijo volviese la cara a él. Si vieres llorar al Niño en el portal y en el pesebre, por esto llora. Si lo vieres circuncidar, por esto le circuncidan. Si lo vieres tener hambre, por esto la tiene. Si lo vieres tener sed, por eso es. Si lo vieres amarrado a un poste y azotado, por esto es. Si lo vieres abofeteado y coronado de espinas, por esto es. Si lo vieres enclavado y muerto en la cruz, por esto es.

¡Oh Redentor mío! ¿qué te movió a padecer tanto

por amor de los hombres? ¿Por qué mercaduría andáis Vos, Señor, tan codicioso, que ni el sol que os hace sudar os estorba de día, ni el hielo de la noche os impide? Mercader celestial, ¿qué es esto que andas a buscar tan cansado? Andaba muerto de amores por nosotros. Dícese que Jacob sirvió catorce años a su suegro Labán porque le diese por mujer a Raquel, y durmió en el campo al frío y al calor, y pareciale todo poco. Callen, callen todos los amores en comparación de los de Jesucristo: todos son fríos comparados con éstos. ¡Oh Redentor mío! ¿Servisteis Vos por Raquel? Sirvió Jesucristo, trabajó Jesucristo en este mundo por otra Raquel, no catorce años, sino treinta y tres, que en todos ellos no descansó un día. ¡Oh, bendito sea tal enamorado! Andaba Jesucristo de noche y de día al frío y al aire, al calor y al estío. ¡Qué de trabajos, qué de cansancios pasó nuestro Redentor por esta su Esposa! ¡Cuántas noches se te pasaron, oh Redentor mío, de claro en claro, que no dormiste, derramando muchas lágrimas por nosotros a solas en oración, y rogando a tu Eterno Padre que perdonase a los hombres! Dice el Apóstol San Pablo (*Hebr.*, 5): *In diebus carnis suae preces supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere a morte...* En los días de su carne, todo el tiempo que vivió en este mundo, rogaba a su Padre que nos salvase, pues Él era el que lo podía hacer. ¡Oh! Quién le tomara solo, así como estaba llorando, y le dijera: «Redentor mío, ¿por qué lloráis? ¿Qué habéis? ¿Quién es causa de esas lágrimas? ¡Oh, quién fuera tan digno de limpiarlas!» Lloro Jesucristo porque tú te rías; llora porque tú descanses; llora por tu consuelo; llora en la tierra porque tú te vayas al cielo; llora por el perdón de tus pecados, y porque te llegues a Él y no le ofendas.

¿Qué es esto, Señor, que con tanta ansia buscáis? El lo dice: «Padre, no busco otra cosa ni quiero otra cosa sino que con el amor que me amáis a mí améis también a éstos.» Como si dijera: «Ya yo sé, Padre mío, que la causa por que los habéis de amar soy Yo; quiero estar en ellos, porque amándome a Mí améis a ellos.» Toda su vida se le pasó a nuestro Redentor buscando nuestro consuelo, con fatigas y cansancios, así de dentro como de fuera de su sacratísimo Cuerpo, y los trabajos y dolores le parecían pocos en comparación del deseo que tenía de nuestra

redención, y quería que se efectuase, costase lo que costase; y Él mismo lo dijo: «¿A qué pensáis que vine al mundo sino a meter fuego? ¿Qué quiero sino que arda? Con un bautismo tengo de ser bautizado: ya estoy angustiado hasta que venga aquel día.» Él era fuego, y había de ser encendido; y sabía que el Bautismo era cuando había de derramar su sangre en la cruz; y deseábalo nuestro Redentor. ¡Oh, bendiganle los ángeles, Señor, por ello! No como nosotros, que a un trabajuelo que nos venga lo sentimos como si nos llegase a los ojos, y huímos de él. Y sabía Él lo que le había de costar a Él que su Padre quisiese bien a los hombres, y con todo eso lo deseaba; sabía Él que había de ser asado con fuego de tormentos en la cruz, y decía: *Ya estoy deseando que arda.* Había de ser nuestro Redentor asado en la cruz en figura de cordero de la vieja Ley. «Todo me parece poco; ya deseo el día en que tengo de remediar al hombre.» *Qui propositio sibi gaudio, sustinuit crucem confusione c-ntempta,* dice San Pablo (*Hebr.*, 12). «Puesto delante de Sí el gozo, sufrió el tormento de la cruz de buena gana, menospreciando la deshonra.» Señor, ¿de qué os gozáis?

Redentor mío, ¿qué es la causa de vuestro gozo? Por ver al género humano libre de pecado, por eso se gozaba el Redentor; aunque bien veía cuán caro había de costar la medicina que había de sanar nuestra llaga; bien sabía Él, ¡los ángeles le bendigan!, que le habían de cauterizar a Él para que nosotros tuviésemos salud. ¿Sabéis cómo? ¿No habéis visto unos padres que andan por los caminos, por soles y aires, y se secan y sudan, y con pensamiento y voluntad que tienen que sus hijos sean ricos, no sienten el trabajo, y así tienen por bien de sufrir el trabajo y cansancio? ¿Y la madre que no descansa noche ni día, y trabaja, y no siente nada de todo aquello, por ver en descanso a su hija? Así nuestro Redentor Jesucristo, ¡bendito sea Él!, no sintió tanto sus trabajos: y si los sintió, en pensar que por ellos habíamos de ser librados, quitaba los ojos de sus tormentos y poníalos en pensar el remedio general que de ellos salía, y decía: «No es nada esto.»

¡Oh bendito seas, Señor mío, que porque aquella ánima sea casta, diístes: «Denme a mí cinco mil azotes!» Teníanos a todos metidos en sus entrañas de caridad y amor. «Porque aquel alma sea caritativa,

no tengan conmigo caridad; porque aquel alma se salve y todos alcancen perdón, súbame en una cruz. coronado de espinas, crucifiquenme, y no quede de Mí gota de sangre en todo mi cuerpo que no se derrame: denme hiel y vinagre a beber, y muera yo en la cruz.» «¿Por qué?» «Por remedio de los hombres.»

Aprenda, aprenda el cristiano, redimido por estos trabajos, a no desmayar por un trabajuelo que le viene; en asomando. luego te quejas, luego dices que no hay quien lo pueda sufrir. Pues que tanto sufrió Jesucristo, aprende de Él; y pues Él puso los ojos en tu remedio, y los quitó de los tormentos tan grandes que pasó, por Él quítalos tú de los trabajuelos, si algunos te vinieren, y ponlos en Jesucristo; y mirando por quién los pasas, rogarás que nunca se acaben; saberte han más dulces que la miel.

Fué tanto lo que alcanzó Jesucristo en sus trabajos, fué tanta la gracia que acerca de su Padre halló, que no hay hombre que baste a desagradar a Dios, queriendo él gozar de la medicina. ¡Qué grande hazaña fué alcanzar perdón para todos! ¡Qué abrazo tan suave y amoroso! ¡Qué beso de paz tan dulce! Si quieres arrepentirte, no perderás el remedio. Jesucristo puso toda la costa de aqueste negocio. Quiere Él mismo que tú quieras allegarte a Él, que ya es ganado lo que andaba perdido; ya Jesucristo dió fin a nuestra enfermedad, ya acabó Él su obra. Él mismo lo dijo: «Padre, perdona a éstos, miradlos con ojos alegres; ya, Padre, acabé la obra que me encomendasteis (*Jn., 17*): *Opus consummavi quod dedisti mihi, ut faciam*. La obra que me encomendasteis que hiciese ya es acabada; ya, Padre, es acabado el reparo para los hombres.

### 5.—Pentecostés.—Las dos Leyes.

Hermanos, con este remedio quedó remediado el entendimiento, quedó remediada la voluntad, quedó remediada la carne, quedaron remediados nuestros pecados todos.

—Padre, ¿qué remedio es ése, el que en este día de hoy ha venido?

—Este es el día, en que se acabó lo que el otro día en que se dió la Ley se comenzó; este es el día en que se dió Ley mejor; que la otra Ley se dió en ta-

blas, pero esta otra se dió en los corazones. *Dabo legem meam in visceribus eorum.* «Darles he—dice Dios por Jeremías (31)—una Ley en sus entrañas, no escrita en papel ni piedra, sino en los corazones, dándoles castidad, y humildad, y fortaleza y todas las demás virtudes.» La otra se dió en monte; allá se dió en el monte Sinaí; acá en el monte de Sión. [Allá] descendió al monte alto, y acá también al monte alto; pero con mucha más diferencia. *Sión* (1) quiere decir *atalaya*, porque dicen algunos que estaba allí una torre que edificó David, la cual sobrepujaba a Jerusalén. *Atalaya*, dando a entender, que los que han de recibir el Espíritu Santo han de estar en vela con mucho cuidado, no embarazados en otra cosa, sino esperando cuándo vendrá el Espíritu Santo; no detenidos en bajezas de acá, no ocupados en las cosas de este mundo, no en vicios, no en pecados, no en vilezas, sino muy atentos; el corazón no entrampado en cosas rateras, sino alto y levantado en fe de Jesucristo, que en Él se da este Espíritu Santo; por sus méritos viene; tened fe en este mismo Jesucristo.

En el otro monte se dió la Ley, y en la otra Ley se mandaba hacer esto, y no esto; en esta Ley nueva, se da cumplimiento para lo que en la otra se manda. No sé si me entendéis, creo que no. Cuando Dios dió la Ley en el monte, antes que se diese aparecieron tantos de relámpagos y truenos y de bocinas, que ponían grandísimo espanto y temor. Todo el monte temblaba, y hacía temblar a todos los que lo miraban. Estaban todos muy atemorizados, tanto, que dijeron a Moisés (*Ex.*, 19): *Habla tú con nosotros: no nos hable Dios.* Dióles Dios mandamientos que traían temor; porque cuando el hombre va a su corazón, y halla que no ha guardado la Ley, halla mil faltas dentro de sí y mil males. No puedes guardar la Ley que se te dió, siendo la Ley celestial, tú carnal. No hacía aquella Ley sino poner espanto, como el fuego cuando apareció Dios en el monte con aquellos truenos y relámpagos. Y aquello que pasó en el día que la Ley se dió en el monte de Sinaí fué en figura de la Ley que se dió en el monte de Sión. La Ley [vieja] pone espanto. ¿Cómo la guardaré? Pero la Ley nueva de hoy da esfuerzo para ello; que si el

(1) *Sión*; la edición de 1596, *Siná*; pero es errata.

hombre no podía ser casto, estotra Ley le da poder como lo sea; si no podía ser humilde, estotra Ley le pone fuerza para serlo; si no podía no desear la mujer ajena, ésta le da gracia para no desearla; finalmente, le da poder, le da gracia, le da esfuerzo para cumplir la Ley. Estaban con la vieja Ley los hombres tan flacos, tan temblando, veían la Ley tan rigurosa, que ponía luego en el infierno a quien no la guardaba. Y considerando esto el Apóstol San Pablo, viendo cuán sujeto estaba el hombre a aquella Ley de la carne, decía (*Rom.*, 8): *Infelix ego homo! Quis liberabit me a corpore mortis hujus?* Llamabase desdichado: ¿quién me librará de la muerte de aqueste cuerpo?, viéndose tan pesado y tan flaco para guardar la Ley. Pero cuando esta otra Ley vino, fortaleciólos a todos, animólos para que pudiesen cumplir la Ley.

Esta Ley que hoy se dió, es ley de Evangelio. ¿De cuál? ¿de los Evangelios que se escribieron? No, que ese evangelio no propiamente, sino secundariamente se llama evangelio. Ley evangélica y santa se dice lo que se escribió en los corazones, que aunque no hubiera letras, ni escritura, se puede bien entender y se puede cumplir; en dándosela les pegó amor de cumplirla. No fué menester mandarles ser castos, sino púsoles gana de serlo. No fué menester que dijese que no fuesen lujuriosos, sino, dándoles la Ley, quedó mortificada la carne, como el ángel que hirió el muslo a Jacob (*Gen.*, 32). No les mandó la Ley que tuviesen paciencia, pero dióles gracia y amor y voluntad, y poder de poder tener en sí todas las adversidades; esto no de palabra, no de entendimiento. *Vos estis Epistola mea.* No es menester carta para escribir la Ley; *vosotros*—dice el Apóstol San Pablo (2 *Cor.*, 3)—*sois mi Epístola*, vuestros corazones son carta; y no penséis que tiene de ser escrita con tinta, sino con el dedo, que es el Espíritu Santo, que es el que escribió la Ley en vuestros corazones, predicándola yo; el Espíritu Santo la escribía—dice San Pablo—; yo soy el ministro de lo que Él escribe.» Esta es la Ley que da caridad, y humanidad, y da todas las virtudes; y porque lo entiendan las viejecitas, esta Ley es la que hace santos, la que hace justos y la que da gracia.

Celebramos hoy cuando dió Dios la gracia al mundo. Si allá se dió la Ley en monte, acá la gracia en

monte; allá bocinas, acá bocinas; pero allá se espantaron, acá no tanto. Como a la media noche, cuando todo estaba quieto, pacífico y sosegado, suena una música muy suave que suena con muy dulce armonía, que recordándote, tomas un pavorcito y mucho consuelo; luego previno un viento, como quien dice, estad atentos.

#### 6.—El Paráclito.

¿Qué día es éste? Día de consolación. ¿Qué día es hoy? Hoy es el día cuando el Consolador vino del cielo a la tierra. ¿Qué día es hoy, Padre? Este día es tan grande, de tanta dignidad, que quien en él no tiene parte, no la tiene en ningún otro día de Jesucristo; ya que la muerte de Jesucristo ganó perdón de pecados, pero sin la gracia que hoy se da, no te aprovecha nada. Ven acá, ¿qué te aprovecharía que gastases toda tu hacienda por tener una medicina que mucho vale, si después de habida no la quieres tomar? ¿Qué aprovecha la medicina no tomada para tu enfermedad? Quedarte has enfermo, y hacerte han que pagues la medicina. Lo que Jesucristo obró, la muerte que Jesucristo pasó, la costa que hizo, la medicina que obró para tu enfermedad, si quieres tomarla sanarás, quedarás libre del todo; si no la quieres tomar, harante que pagues en el infierno lo que Jesucristo pasó. Si la recibes, Jesucristo quedará muy contento, y pagado de todo cuanto pasó en este mundo; pero si no quieres tener parte con este día, si no quieres recibir el Espíritu Santo, *si quis non habet Spiritum Christi, hic non est ejus* (Rom., 8): Si alguno no tuviere el Espíritu de Cristo, este tal no es de Jesucristo, no se puede salvar.

Hoy es el *día séptimo* (2) de las obras de Jesucristo. Hoy es el día que *sopló en la cara del hombre* para dar la vida después de su vida, de su santa Encarnación, después de su muerte, de su Resurrección; el día de la santa Ascensión, se acabó todo lo necesario para la vida del hombre. Este es el día en que sopló al montón de tierra. Y si cuando en la creación sopló en la tierra, un ánima para el cuerpo que no tenía vida, hoy sopla y da el ánima que es la gracia; porque el ánima

---

(2) Alude al día séptimo de la Creación.

del hombre sin gracia, está (3) muerta. Y si cuando viene la gracia, da vida al ánima, hoy sopló Dios el montón de tierra.

—¿Cuál era, Padre?

—Los Apóstoles de Cristo. ¡Y qué tierra eran! Tai día como hoy, como Jesucristo se había ido al cielo, antes que se fuese, díjoles que les había de enviar un Consolador; ellos esperaban un día, y otro, y otro, hasta hoy; como vieron que no venía, estaban desmayados; estaban tibios y desconsolados. Como los dos que se fueron [a Emaús], estando esperando la Resurrección, decían: «¡Fuése nuestro Maestro! Decía que nos había de enviar un Consolador, y tantos días ha que le esperamos, y no viene. Vémonos sin Maestro, y sin tener quien nos consuele. ¿Qué hemos de hacer? Estamos como ovejas sin pastor, amedrentados y apretados.»

Pero en una cosa fueron cuerdos, en lo que quería que lo fuesen todos los del mundo, en no irse sin despedirse de la sacratísima Virgen María. Por grande misterio tengo quedar la Madre de Dios entre los Apóstoles, así después de la Pasión como después de la Ascensión. Si viene la tentación de la carne, si viene el mal hombre y te quiere engañar, y quiere que ensucies tu cuerpo y tu ánima, abogada tienes en la Virgen María; di con confianza: «La Madre de Dios es Madre de la limpieza; Ella es limpiísima; Ella es poderosa para interceder por mí; no tengo de desechar a Jesucristo sin hablar primero a su Madre.» Ten, hermana, por averiguado que si vas a la Madre de Dios, que si te encomiendas a Ella, vendrás con consuelo y alivio de toda cuanta pena tuvieres.

Estaban, pues, los Apóstoles del Señor y los discípulos y otros buenos hombres, que serían hasta ciento veinte; estaban en el Cenáculo a una parte, y a la otra estaba la Virgen nuestra Señora y las Marías y otras santas mujeres. Estando desconsolados dijeron: «Hablemos a la Virgen, pues nos la dejó por consoladora.» Fuéronse a Ella tristes mucho, cabizbajos, y en gran manera desconsolados. Dijéronle a la Virgen cómo estaban tan sin consuelo, y cómo se tardaba el [Espíritu Santo] (4), y que ellos estaban entre sus enemigos, y que no tenían ningún arrimo: «Rogad,

(3) *Está*; la edición de 1596, *es estar*.

(4) La edición de 1596, *el Maestro*.

Virgen, a vuestro Hijo, que nos envíe el Consolador prometido.»

Sería esto a las nueve del día; a aquella hora sabía la Virgen de orar. Tenía siempre por costumbre de salir tarde, ya que estaba un poco alto el sol, porque esta hora es muy aparejada para la oración; desde en amaneciendo hasta aquella hora es muy aparejado tiempo para orar, antes que el hombre se ocupe y entretenga en vanidades ni en otros cuidados del mundo, sino lo primero del día, gastadlo en el servicio de Dios. Estaba, pues, nuestra Señora orando, y salió con aquel rostro de paz, con aquel rostro de alegría, que solamente mirarlo consolaba a los tristes y desconsolados, medicinaba a los enfermos, daba grandísimo alivio a los desconfiados. Salió la sacratísima Virgen a ellos como solía, y esforzólos y díjoles: «¿Por qué tenéis poca fe en vuestro Maestro y mi Hijo? Él os consolará como lo ha prometido. ¿No sabéis, amados hijos y discípulos de mi sacratísimo Hijo, que la Ley que se dió en el monte de Siná, se dió desde a cincuenta días que subieron de Egipto? Cincuenta días ha que padeció Jesucristo mi Hijo, y os sacó del cautiverio del pecado; hoy vendrá el Espíritu Santo. ¿No sabéis que de cincuenta años era el jubileo en que los cautivos eran libres, y las cosas vendidas volvían a sus dueños, y era año de alegría y gran regocijo, año de perdón, donde se soltaban las deudas? Así a cincuenta días después de la Pasión vendrá el jubileo, vendrá el Espíritu Santo Consolador, que os remediará del cautiverio en que estáis. Dios os perdonará las deudas, no sólo a vosotros, pero a todos; porque determinado está que a la misma hora que dió Dios vida al cuerpo, que le dió Dios ánima, a esa misma hora dará ánima a nuestra ánima. A las nueve vendrá, no os desmayéis, tened confianza, que vendrá. Sentaos.»

Hízolos sentar a todos. Estaban sentados en los poyos, o hincados de rodillas, en oración; confortóles, púsoles confianza; y luego la Santísima Virgen, habiendo compasión de aquel ganadillo que le había quedado, hincóse de rodillas, alzó sus manos al cielo, y con lágrimas que salían de sus benditísimos ojos, comenzó a rogar a su amado Hijo: «¡Oh Señor mío y dulce Hijo mío, ruégoo por el amor que me tenéis, por los merecimientos vuestros, por los méritos de vuestra benditísima Pasión, tened por bien consolar a vuestros Apóstoles. Enviadles, Señor, el Consolador que

los consuele; cumplid, Señor, la palabra que en vuestro nombre les he dado, que vendría el Espíritu Santo Consolador; a estos flaquillos enviadles, Hijo mío, vuestro Espíritu Santo!»

Cosa es de contemplar ver a la Madre rogar al Hijo; ver al Hijo rogar, en cuanto hombre, al Padre; Él mismo lo dijo por su boca bendita (*Jn.*, 14): *Yo le rogaré, y Él os enviará otro Consolador. Miró Dios a Abel, y después miró a sus dones* (*Gen.*, 4). Representárase Jesucristo, en cuanto hombre, delante del Padre, mostraríale el testimonio de nuestra Redención, mostraríale las señales de los clavos, y el costado partido de la lanzada, y diría: «Padre mío, habed compasión de aquellas ovejuelas, que en el mundo están sin pastor; están flaquillas, están tristes; enviadles, Padre mío, vuestro Espíritu, por los dolores que por ellos pasé. Ellos están esperando el Consolador que yo les dije que les había de enviar; enviádselo, Padre mío, por mi amor. *Non confundentur qui sperant in te, Domine* (*Ps.*, 36). No sean confundidos los que esperan en Ti; no les haya salido en vano su esperanza. Mira, Padre, a tal Hijo, y no le niegues lo que te pidiere; ámalos, Padre mío. Por mis merecimientos merecen ellos ser consolados; consuélalos, Padre, envíales el Espíritu Santo.» ¿Y quién cree que también no rogaría especialmente al Padre que enviase el Espíritu Santo?: «También, Señor, lo haced por amor de mi Madre que está esperando.»

*Miró Dios a Abel, y después miró sus dones.* Movieronse las entrañas del Padre a los ruegos del Hijo; y mirando a Él, puso los ojos en la Santísima Virgen y en aquellas ovejuelas. Puso los ojos en la pobre casilla, por los merecimientos de Jesucristo, que fueron tantos, que bastaron a amansar la justicia de Dios que estaba airada contra nosotros. Y mirad con qué amor y cuán de buena gana vino el Espíritu Santo a aquellos hombres, como si viniera al mismo Jesucristo. Porque después que Cristo murió por nosotros, ya nos mira Dios con otros ojos, míranos con el amor que a su Hijo bendito.

#### 7.—En el silbido suave.

Vino el Espíritu Santo; rómpense esos cielos; rómpese el velo del Testamento Viejo, y vimos y mostróse claro el *Sancta Sanctorum*. Ya está abierto todo;

quien quisiere entrar, abiertas tiene las puertas. Antes que Cristo muriera, cual y cual se salvaba; después mucho mayor número. Vino primero un sonido que hizo temblar el Cenáculo, para dar a entender que era fuerte. Y luego vinieron lenguas de fuego, que parecían visibles sobre las cabezas de los que allí estaban, para dar a entender que el Espíritu Santo es fuego, es ardor de corazón. Cuando vos sentís un encendimiento dentro de vos, que os arde el corazón en amor de Dios, el Espíritu Santo es; es el fuego muy leal mensajero, que está allí el Espíritu Santo. Entra, pues, el Espíritu Santo en los Apóstoles, abrázalos, consuélalos, dales un beso de paz.

—Padre, decidnos, ¿qué cosa es el Espíritu Santo?

—No hay lengua que pueda decirlo, ni oído que pueda oírlo, ni corazón que lo pueda sentir, qué cosa es aquel beso, aquel abrazo. Dice Elías que Dios le dijo (3 Reg., 19): *Egredere, et sta in monte coram Domino. Et ecce Dominus transit, et spiritus grandis et fortis, subvertens montes, et conterens petras ante Dominum: non in spiritu Dominus; et post spiritum commotio, non in commotione Dominus: et post commotionem ignis, non tamen in igne Dominus; et statim venit sibilus tenuis aurae; illic Dominus.* Mandó Dios a Elías que se fuese al monte. ¿Para qué? «Elías, ¿qué viste?» Dice: «Vi un aire muy grande y fuerte que derribaba los montes, pero no venía allí el Señor.» «Pasado el viento. ¿qué vino?» «Fuego, pero no estaba allí el Señor. Pasado el fuego, venía un silbido suave; allí venía el Señor.»

¿Qué hacéis ahí, hermano? Cuán presto dejarán el río seco aquellos a quien el Espíritu Santo dice: «¿Qué haces aquí? ¿Qué haces, pecador, en ese río seco, en ese mundo ponzoñoso?» Cuán presto lo menosprecia todo, cuán poco se da por todo a la voz del Espíritu Santo, que le dice: «¿Qué haces ahí?» En el silbido venía el Espíritu Santo.

No hay quien os pueda decir este abrazo, este beso; no hay quien lo pueda explicar. ¡Es tan bueno el Espíritu Santo con aquel que lo tiene! (*Isa.*, 56): *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est cum eo.* Sed castos. ¡Oh! Dichoso a quien el Espíritu Santo viene; un espíritu se hace con Él. una misma cosa son.

—¿Qué es eso, Padre, es casamiento?

—Parece que es eso lo que Jesucristo dijo: *Erunt duo in carne una*: serán dos en una carne.

—¿Qué es eso, que Dios, que el Espíritu Santo se haga uno con el hombre?

—Darle virtud es; obrar en él virtudes; darle vestiduras, o adornarle y componerle. Todo esto es lo que resulta de la venida, lo que hace el abrazo. Pero el abrazo no se puede decir. Como un desposado que da joyas a su esposa; pero no es aquel desposorio sino señales: darle manillas en los brazos, darle zarcillos en las orejas. Así hace el Espíritu Santo, da joyas, da manillas, y ajorcas de virtudes y de buenas obras en entrambos brazos, para que el pecador, tan bien aderezado, le abraze. Da también zarcillos en las orejas, pidiendo atención para obedecer a lo que al oído allá dentro le dijere; pero no es este el matrimonio. Dale los siete dones suyos. Todas estas dádivas son arras y ajuar y preparación para la venida; dones son del desposado, pero el abrazo no sé qué es.

—Padre, habéis dicho que el Espíritu Santo se hace uno con aquel en quien está; luego ¿Dios es? ¡Qué maravilla!

—¿Es mucho eso? Pues oíd (*Ps.*, 81): *Ego dixi: dii estis, et filii excelsi omnes.* El mismo Dios lo dijo. «Yo digo, dioses sois vosotros.» ¿Sabéis qué tanto? Que si el hombre tiene en sí al Espíritu Santo y habla, se dice hablar el Espíritu Santo: Lo que habláredes —dijo Cristo (*Mt.*, 10)—no tengáis cuidado de ello: *Non estis vos qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri est qui loquitur in vobis.*

San Agustín: «Lo bueno y sobrenatural, sin el Espíritu Santo no es posible conocerlo. Lo que es bueno, no es de hombre sólo.» Cuando el hombre hace una buena obra, no es de sólo el hombre. Madre tiene en la tierra, y Padre en el cielo. El libre albedrío que tú tienes, madre es, no es lo principal; otro más alto, el principio, el ser, el padre, actividad de la cosa, el Espíritu Santo es. Dice San Pablo (*Rom.*, 8): *Cuando el hombre gime, el Espíritu Santo gime.*

—¿Por qué?

—Porque es una misma cosa con el que ora.

—Luego si no son dos, una Encarnación hay.

—¡Tate! Eso tan solamente dice ser uno el Espíritu Santo y aquel donde está; no en persona, que dos personas son.

—Pues ¿por qué?

—Porque el Espíritu Santo obra como principal en

el hombre; por eso dice que el Espíritu Santo obra aquello.

—Padre, no nos dice el abrazo; todo es andar por los arrabales.

—No hay quien sepa dar cuenta de lo demás que sucedió. Bien se dice lo que los Apóstoles del Señor obraron, los milagros que hicieron, y procedieron de la venida. Bien se dice que vino el Espíritu Santo en ellos; pero el abrazo que les dió, ¡mandad perdonar! (5).

Decid, si juntasen todos los olores de cuantas cosas criadas hay en el mundo, en que hubiese algalia, almizcle, ámbar, azahar, jazmines; finalmente, todos los olores se juntasen, sin que el un olor impidiese al otro, ¡qué olor tan suave sentirías! ¡qué consolación te daría! ¡cómo confortaría tu ánima! Pues mira, todo sabor amarga, todo sabor es desabrido más que la hiel, en comparación del que el Espíritu Santo trae consigo. ¡Oh qué sabor, oh qué color, oh qué gusto, oh qué consuelo, oh qué descanso, oh qué regocijo, oh qué alegría, oh qué esfuerzo sintieron los Apóstoles cuando sintieron el silbo dentro de sus entrañas! ¡Qué contentamiento sintieron en sus ánimas, qué hartas, qué rellenas, qué abundantes estaban del Espíritu Santo! ¡Plégale a Él nos dé el soplito y el silbito!

¿Qué hacemos aquí, hermanos? ¿en qué entendemos aquí? Si aquí nos estamos no podremos medrar. ¿Qué haces aquí, pecador? ¿en qué pasas tu vida? ¿de qué bebes? Seco está ese charco, o se secará presto; esa riqueza en que confías, está seca, o se secará presto, y te dejará ella a ti, o tú a ella. ¿Qué haces aquí tú, desventurado, que tienes puesto tu amor en la otra, o la otra en ti? Seco está el charco; presto te morirás tú o se morirá ella, y veréis cuán seco del todo estaba el charco de donde pensabas que te hartabas. ¿Qué haces aquí, soberbio, fantástico? Todo eso ha de haber mal fin, acabársete tiene todo; ahora bebes, y cuando no te cates se acabará tu vida; y ¡desventurado de ti, si antes que te mueras no dejas las vanidades y locuras de esta vida! Como confías en la tierra, no tienes tus ojos en el cielo. Como no te has desarraigado de todo lo de acá, aun no te ha silbado, aun no conoces la dulzura de Dios: *Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti*

---

(5) *Mandad perdonar*: perdonad por Dios.

*timentibus te!* (Ps., 30). ¡Oh cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, la cual aparejaste a los que te temen! ¡Oh bendígate los cielos y la tierra! Y si para los que te temen tanto bien aparejaste, ¿qué harás para los que te aman? Lumbre se dice y fuego.

### 8.—*Transformación interior.*

¿Conoces a Dios, hermano? Di, ¿ha topado Dios contigo? La señal principal que Dios está en uno, es cuando menosprecia todo lo que hay en la tierra que Dios no es, y sólo trata de amar y agradar a su Dios, como bien único suyo. Y en esto verás, hermano, si el Espíritu Santo ha venido a ti, si andas con fervor, con alegría en el camino de Jesucristo. Si el Espíritu Santo te ha dicho: «¿Qué haces ahí?», bueno estás.

¡Oh qué sintieron los Apóstoles cuando el Espíritu les dijo: «¿Qué hacéis ahí?» No se puede decir, así como no se puede decir quién es Dios. ¡Qué de grandezas usó con ellos, qué mercedes tan grandes les hizo! Dióles gracias del entendimiento. ¿Qué son ni qué saben los letrados, ni filósofos del mundo, sin éstas? Cuantos teólogos hay sin gracia del Espíritu Santo, nada son. Lo principal que les dió fué que claramente conociesen lo que les cumplía en todas las operaciones humanas, que sin errar pudiesen saber: «Esto me cumple, y esto no me cumple.» Acá bien podemos nosotros conocer cuál es bueno y cuál es malo, pero no en particular. Nadie puede saber sino el Espíritu Santo cuál es mejor de esto, casado o no casado, clérigo o no clérigo, fraile o no fraile; pero aquí el Espíritu Santo alumbra, sabe particularmente cuál es mejor para ti. El Espíritu Santo es ayo de niños. ¡Y qué bien enseñado será el niño que de tal ayo saliere enseñado!

Por ventura diréis: «No habrá menester consejo en lo que ha de hacer, si tanto sabe, sino regirse por su parecer y no tomar el de nadie.»

No, que el Espíritu Santo quiere que vaya a tomar parecer de quien más sabe, y Él le dará en voluntad que lo vaya a preguntar, y le dirá lo que le ha de preguntar, y le dará gracia al otro, que responda lo que ha de responder.

El Espíritu Santo, ayo del entendimiento y ayo y gobernador de la voluntad, no te dejará pasar con cosa

mala de cuantas tu sensualidad te pidiere. Y pensarás hacer alguna cosa que no te cumpla, Él hará como no la hagas, sino al contrario de lo que pensabas hacer. Si no, preguntadlo a Jeremías (20), que porque le maltrataban algunos porque profetizaba dijo: *¿Quién me mete a mí? ¿quién me mete a mí en estas barajas? Profetizoles la verdad, y por eso me hacen muchos males. No tengo de profetizar más.* Estando en este propósito, descendió fuego del cielo y tocóle, y como le tocó, vuelve, y si antes hablaba una palabra, después hablaba cuatro.

Cuando viene fuego del cielo, cuando viene el Espíritu Santo, quita el temor que el hombre tiene; pobreza, ni deshonra, ni hambre, ni vituperios, muerte, ni tentaciones de carne, ni al mundo, ni al demonio; todo cuanto mal estas cosas le pueden hacer, no lo tiene en una picadura de mosca. *Quis nos separabit a charitate Christi?*—dice el Apóstol San Pablo (Rom., 8)—. *Tribulatio, an angustia, an fumes, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius?* ¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿Quién hay tan fuerte que nos pueda apartar de ella? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, la persecución, el peligro o el cuchillo? Nada de esto nos puede apartar de ella, porque aunque parezcan muy crueles, nada nos espanta. Bien puede todo acaecernos y pasar por nosotros, pero todo no nos puede sujetar; antes cuantas cosas más graves nos acaecieren, tanto más crece nuestra caridad con la de Jesucristo, saliendo en todo lugar y en todas las cosas vencedores, ricos y honrados, no por nuestras fuerzas, no por nuestros merecimientos, sino por la ayuda y amparo de Jesucristo. Porque amándonos Él como nos ama, no consentirá que seamos vencidos; ni nosotros acordándonos de sus misericordias y grandezas, de las mercedes que de Él habemos recibido, y acordándonos de los males que nos ha quitado (aun queriendo nosotros caer en los abismos del infierno, nos ha librado con su mano y brazo poderoso), no seremos derribados por los pecados.

Y si esto os parece mucho—que son cosas livianas—esperad y veréis cosas mayores. Mayor apariencia tenían las cosas invisibles de ser temidas, que pelean fuertemente contra el ánimo, que lo que puede dañar el cuerpo, y cuando a mucho se extiende, no puede más que hasta la muerte; pero ni en lo uno ni en lo

otro, no hay que temer, porque el mismo Apóstol San Pablo lo dice: *Estoy cierto, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderios, ni las cosas fuertes, ni las cosas por venir, ni la fortaleza, ni alteza, ni lo hondo, ni lo cruel, ni lo áspero de la tierra toda, ni criatura ninguna, nos puede apartar de la caridad de Jesucristo.*

—¿Quién os lo dijo, Pablo, la carne o la sangre?

—No sino el Espíritu Santo, que es fuego que quema todas estas cosas y las deshace, para que no nos puedan empecer, como a pajuelas. No es más esto delante del fuego del Espíritu Santo, que una pajita liviana echada en una grandísima hoguera. Cuando tengas el Espíritu Santo, Él mata todo lo que daña; pero si hay pajitas, señal es que no hay fuego que las queme. Si estás, hermano, sometido a tus vicios, si estás inclinado a maldades, si tienes en tu corazón pensamientos de liviandad, si tienes fantasía, todo esto estorba; y todo esto quema el Espíritu Santo cuando viene, y no hay cosa que se le resista. Cuando viene el Espíritu Santo, no basta nadie a resistirle. Ni la mozuela loca que su vida no era otra cosa sino un continuo pensamiento en cómo se vestiría, y cómo se pondría galana, y cómo se había de afeitar (6) la cara. Cuando el Espíritu Santo viene, hace que la mozuela se huelgue de andar templada en el vestido; y escoge las lágrimas por agua maravillosa para la cara; ya tiene humildad, porque vino el Espíritu Santo. No basta a moverla el mancebete muy enhiesto con su espada al lado, muy vestido, con mucha soberbia, la pluma en la gorra. ¿No sabéis para qué se ponen aquello allí? (7). Para que sepáis, si no lo sabéis, que son locos, y para que sepáis su locura, y sus bajos pensamientos, y sus imaginaciones, y sus fantasías. Pero cuando viene el Espíritu Santo todo lo quema.

Dice Cristo (*Mt.*, 10): *¿Pensáis que vine a traer paz? No vine a traer paz, sino cuchillo.* ¿Qué es que andaba el mancebo por ahí perdido, un loquillo callejero, toda su bienaventuranza puesta en andar por las calles, mirando y deseando a la otra; y desde ha poco le veis recogido, casto, y humilde, y virtuoso? ¿Quién hace esto? El Espíritu Santo; el fuego que quema cuanto halla. Con este fuego no hay honra vana, ni

(6) *Afeitarse*: ponerse afeites.

(7) *Aquello allí*: la pluma en la gorra.

riquezas, ni prosperidades, ni deleites que el hombre desee; todo lo hace tener en poco, y tenerlo debajo de los pies. Con este fuego se quema todo lo sensual del hombre. *Vivo ego, jam non ego*: ya no yo, pero vive en mí Jesucristo—dice el Apóstol (*Gal.*, 2)—. Vivo yo en humildad, en castidad, en paciencia. *Ya no yo*: el de antes, no; no mis pasiones, no mis sensualidades, porque esto está ya muerto.» ¿Cómo es eso, Apóstol? ¿de qué manera? Vive en [mí] Jesucristo por humildad, por caridad y por gracia; y donde esta gracia llega, hace mudar al hombre al revés de como estaba; hace que el que se amaba a sí mismo, y que se tenía en mucho, diga: Sea Dios engrandecido y sea yo apocado; sea Dios servido y menosprécienme a mí; sea Dios honrado y deshónrenme a mí; glorifiquen a Dios y vituperen a mí. Al que sopló el Espíritu Santo, no quiere nada para sí, todo a honra de Dios.

### 9.—*Visión de Ezequiel.*

Cuando no había venido el Espíritu Santo, los Apóstoles estaban miedosos, temerosos, las puertas cerradas, no osaban salir por miedo no los matasen, tenían grande miedo.

Tomó Dios una vez a Ezequiel Profeta (37) en su espíritu, y llevólo en medio de un campo, donde había infinitísimos huesos de muertos; estaba una muchedumbre muy grande de ellos, y todos muy secos. Dijo: *¿Piensas que estos huesos tienen vida?* Respondió Ezequiel: *Tú, Señor, lo conoces y lo sabes todo.* Mandóle Dios: *Vaticinare de ossibus istis. Profetiza de estos huesos.* —*¿Y qué, Señor?* —*Di: Huesos secos, oíd las palabras del Señor: Yo os daré espíritu y viviréis; daros he carne, y naceros han nervios, y os haré que os cubráis de cuero, y daros he un espíritu, y viviréis.* Yo—dice Ezequiel—*hícelo así, y luego se hizo un gran movimiento, y un gran ruido, como los unos huesos se juntaron con los otros, cada uno en su lugar y en su juntura; hicieron ruido como cuando un hueso se junta con otro; y vi cómo vinieron sobre aquellos huesos nervios, y cómo crecía la carne; y luego un cuero fué tendido por todos ellos; y aun no tenían vida; estábanse allí como muertos.* —*Profetiza y llama al espíritu; llámalo y dirás: —Aquesto dice el Señor: De los cuatro vientos de la tierra, venid, so-*

plad sobre estos hombres muertos y vivirán luego. Acabando de profetizar, tuvieron vida, y levantáronse y estuvieron sobre sus pies. Hizose de toda aquella gente un muy fuerte y valeroso ejército. Dijo Dios: —Estos huesos son toda la casa de Israel; porque ellos dijeron: *Aruerunt ossa nostra, et periit spes nostra*. Allí estaban los Apóstoles como huesos muertos desmayados.

¿Hay aquí algunos que estando en figura de vivos, estan muertos? ¿Hay aquí tan sin conñanza alguno, que diga: Cómo puedo yo ser bueno? ¿Cómo es posible tener yo castidad? ¿Cómo es posible que me perdone Dios? He pecado yo tanto, que en toda mi vida no he hecho otra cosa sino ofender a Dios: ¿cómo me perdonará? ¿Quién yo para ir al cielo? ¿Quién yo para ir allá? El cielo dase a los que hacen buenas obras; yo no las he hecho ni las espero de hacer, ¿qué tengo yo con eso? Pruebo veinte veces a no pecar, y no puedo sino pecar. *Jam aruerunt omnia ossa nostra, et periit spes nostra*. Ya nuestros huesos se han secado, ya se ha perdido nuestra esperanza.

¡Oh desventurado de ti, si tú tal dices! Esfuerza, hermano, que hoy es día de perdón; hoy se admiten todos; si quieren conocer sus culpas, y dolerse de ellas y confesarse, no hay más. Y tú, mancebo, ¿piensas que no puedes dejar de pecar, y que no te puedes apartar de ello? Prueba y apártate, que hoy es día de perdón; hoy se da fuerza para vencer y derribar aquello que te derribaba; hoy se dan fuerzas, si tú las quieres tomar, para vencer tus pasiones; hoy es el día en el cual prometió [Dios] de quitar el corazón de piedra, de quitar la sequedad del alma; hoy es el día en que da corazones blandos, corazones arrepentidos: hoy es el día en que dará corazones aparejados para llorar vuestros pecados y saberlos conocer; hoy es el día en que os dará un soplo, no en las orejas, no en los oídos, no en nada de lo de acá fuera, sino dentro de vuestros corazones; un soplo que os dé vida, un soplo que os dé fortaleza, un soplo que os dé castidad, un soplo que os dé humildad, un soplo que os dé caridad y amor y todas las otras virtudes, un soplo que refresque vuestras ánimas.

10.—*La Iglesia naciente.*

Si no, miradlo en los Apóstoles que estaban cobardes, porque se querían mucho. Viene a ellos el Espíritu Santo, entra en aquellos corazones, quítaseles aquel temor, menosprecian la carne, y la soberbia y la codicia; echan en el suelo todos los vicios; pasan por encima de ellos como vencedores de aquellos que les habían vencido y los acobardaban y ponían temor. *Levantáronse en pie como ejército poderoso*; abren las puertas que antes tenían cerradas, llenos y relleños del Espíritu Santo, llenos de fortaleza y de caridad, y comienzan a predicar con grandísimo hervor, no doctrinas frías, sino hirvientes como fuego; aquel: «¡Bendito sea Dios!»; aquel: «No hay sino sólo un Dios, tres Personas y un solo Dios verdadero»; aquel: «Jesucristo es Hijo de Dios vivo, y está sentado a la diestra de Dios Padre, y es Juez de vivos y muertos»; aquel hablar que todos los entendían.

Había allí entonces de todas las naciones, había Parthos, Medos, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, de Asia la menor, de Frigia, de Pamphilia, de Egipto, de Libia, de Creta, de Arabia, de Roma. Todas estas naciones estaban allí, y todos los entendían; que hablaban todas las lenguas, y lo entendían todos como si hablaran la lengua de cada uno particularmente. ¿Y esto es maravilla, pues Dios lo hace? Ahora un predicador habla en romance, y cada uno le entiende en su lengua; habla una palabra que Dios le manda, y entiéndelo uno a quien aquello toca, y los otros no lo entienden. Dice un predicador: «Sed humildes.» Entiende aquella palabra el soberbio. Dice otro: «Sed casto.» Aquello entiende el lujurioso; y así hablando en un lenguaje, diferentemente.

Así que, del sonido grande que vino cuando el Espíritu Santo vino, habiéndose juntado en Jerusalén, y de que hablando en una lengua, entendiése cada uno en la suya, estaban todos espantados, y decían: *¿No son éstos de Galilea? ¿Cómo hablan tantos lenguajes?* Otros decían: *Dejadlos, que están borrachos.* Cuando oyéredes hablar alguna persona y no lo entendiéredes, tened paciencia, y no os arrojéis a juzgar de presto; mirad que el Espíritu Santo no parece (8); mi-

---

(8) *No parece*: no se ve con los ojos.

rad lo que hacéis, que por ventura hablará alguno lo que quiso Dios que hablase, y diréis vos que está borracho.

Así que, dijeron que estaban los Apóstoles borrachos. Levantóse entonces San Pedro, como pastor universal y como su defensor, y dijo (*Act.*, 2): *Varones de Jerusalén, escuchad mis palabras. No penséis que estamos borrachos, porque ahora no es hora de haber bebido, que es hora de tercia. ¿Sabéis qué es esto? Lo que profetizó el Profeta Joel (2): Effundam Spiritum meum super omnem carnem, et propheta bunt filii vestri, et filiae vestrae.* Derramaré, enviaré mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos profetizarán y vuestras hijas; y vuestros viejos soñarán sueños, y los mancebos verán también visiones; y sobre mis siervos y criadas, enviaré mi Espíritu Santo. Varones israelíticos: a Jesucristo predicamos, varón aprobado de Dios, al cual vosotros entregasteis a la muerte con todas las señales que Dios hizo; al cual Dios resucitó y está a la diestra de su Padre; y Él hizo que el infierno no le empeciese, que no le podía empecer. Y cierto, sepa todo hombre que Jesucristo, que vosotros crucificasteis, es verdadero Hijo de Dios.

Habló San Pedro con tanto hervor, predicóles allí cómo el Espíritu Santo venía deseoso de nos consolar y remediar. Echa, pues, la red el buen pescador; aquel que antes solía pescar peces, pesca ahora ánimas; echó la red. Del primer lance pescó tres mil de aquellos que poco había que le habían dicho que estaba borracho; compungíanse y arrepentíanse de lo que habían dicho, y decían: ¡Desventurados de nosotros! ¿cómo nos hemos ahora de convertir, que somos nosotros los mismos que le crucificamos, y dijimos que soltasen a Barrabás? ¿Cómo ha de ser esto? ¿Cómo nos ha Dios de perdonar? Díjoles San Pedro: ¿Qué es eso? No desmaye nadie; misericordioso es Dios, y Jesucristo está lleno de misericordia; que aunque hayáis hecho eso, aunque vosotros sois los mismos que le matasteis con vuestras propias manos, está aparejado a perdonaros si os arrepentís y hacéis penitencia. Confesad vuestro pecado luego, y más tardaréis vosotros en confesaros, que Dios en perdonároslo. Ellos, como oyeron esto, dijeron que les placía; y no solamente les perdonó Dios sus pecados, pero usó de tanta misericordia con ellos, que les envió el Espíritu Santo, así como a los Apóstoles, sobre casi tres mil hom-

bres de ellos. ¿No miráis qué buena redada para la primera? ¡Oh bendita sea tu misericordia, Señor mío, que tan caro te costó lo que ahora tan de balde se da! Daba Dios el Espíritu Santo a quien su Majestad quería, y de balde.

A otro sermón se convirtieron cinco mil hombres; así fueron creciendo los cristianos, y se fué poblando y engrandeciendo la Iglesia de Dios, que estaba pequeña. De aquí comenzó la cristiandad que ahora tenemos. Estaban todos juntos perseverando en oración; comulgaban cada día, y vendían todas sus haciendas, y entregábaselas a los Apóstoles, y decían: «Esto es lo que vale toda mi hacienda; tomadlo, y haced de ello lo que quisiéredes.» Tanta parte tenía el que pcco traía como el que mucho; todo era igual, todo era común. Hacíase entonces en la Iglesia universal lo que ahora se hace en los monasterios, que no tienen, en particular ni en común, propio, y por eso mejor librados. Así estaban los santos Apóstoles (*Act.*, 5), y los otros santos hombres y mujeres; hacían muchos milagros y maravillas; sanaban enfermos, resucitaban muertos; estaban siempre la mayor parte del tiempo orando muy alegres, llenos de gozo del Espíritu Santo, muy regocijados con el huésped (*Act.*, 3-9).

Plegue al Espíritu Santo, por los merecimientos de Jesucristo, y por aquella sangre que derramó en la Cruz por nosotros, tenga por bien venir en nuestros corazones y sanar nuestras ánimas, alumbrar nuestros entendimientos, para que conozcamos a Dios, y enderezar nuestra voluntad para solamente amarle, y olvidarse de las cosas del suelo, y sujetar nuestra carne, y darnos humildad, castidad, y caridad para con nuestros prójimos, y darnos sus siete dones, para que teniendo su gracia nos dé la gloria.

## TRATADO 4.º

### EL ESPÍRITU SANTO EN LAS ALMAS.

*Paracletus autem Spiritus Sanctus.*

El Espíritu Santo Consolador.

(*Jn.*, 14.)

#### 1.—Introducción.

*Quien de tierra es, de tierra habla; el que viene del cielo, sobre todos es* (*Jn.*, 3), dijo San Juan Bautista a sus discípulos. Tocóles un poco de envidia, porque la gente seguía más a Jesucristo que a él; y para los apaciguar, díjoles estas palabras: «Ninguno puede tomar más de lo que del cielo le viene, de lo que del cielo le envían.» *Qui de terra est, etc. Tierra es el que de tierra habla.*

¿Qué hará la tierra, pues le está mandado subir al cielo? ¿Qué hará? ¿Cómo podrá subir? ¿Qué hará el hombre que le está mandado que hable cosas del cielo? Cosa es ésta imposible, cosa que de sí no la podía hacer, cosa tan imposible, como la tierra subir al cielo. *Qui de terra est, de terra loquitur.* Su hubiésemos de hablar de cosas bajas, si hubiésemos de hablar de cosas de acá abajo, daríamos buenas señas; pero hablar del Espíritu Santo, hablar de cosa tan alta, hablar de cosas del cielo, ¿qué haremos, que somos más bajos que la misma tierra? ¿Qué haremos para bien hablar? Es menester mucho la gracia del Espíritu Santo.

No en balde fué dada a los Apóstoles para hablar (*Act.*, 2): *Audivimus eos loquentes variis linguis magna-lia Dei.* Fueron los bienaventurados Apóstoles llenos, y muy llenos del fuego del Espíritu Santo; fueron llenos de esta celestial gracia, para dar a entender que

nadie debe hablar ni predicar de este Santo Espíritu, sino lleno y muy lleno de este celestial don y de este santo fuego. Encendidas iban las entrañas, y llenas de gracia, que nuestro Señor envió a sus santos Apóstoles, pues hablaron las maravillas y grandezas que de Dios hablaron y dijeron, y por todo el mundo pregonaron. Vino en lenguas de fuego, para darnos a entender que han de ser las lenguas de los que hablaben cosas de Dios y sus maravillas, encendidas con fuego, encendidas con amor. No han de ser las lenguas que han de hablar cosas de Dios y sus maravillas, de agua, no de viento, no han de ser de tierra.

Venimos a oír las palabras de Dios, venimos a oír sus sermones, y venimos como a farsa, sin más amor y reverencia. Dígoos de verdad, que un grande riesgo corremos todos los que oímos sermones; gran peligro corremos, si no oímos como debemos oír; con corazón encendido, con entrañas abrasadas habíamos de venirlo a oír. Hémonos juntado a oír y hablar del Espíritu Santo; para tan gran negocio menester hemos la gracia, menester hemos el mismo Espíritu Santo, que se infunda en nuestros corazones, y los ablande y abraze con su santo fuego de divinos dones. Dice San Pablo (*Rom.*, 8) *que el Espíritu Santo ruega por nosotros con gemidos inenarrables*. La oración que no es inspirada del Espíritu Santo, poco vale; la que no se hace según Él, la que no inspira y ordena Él, de muy poco fruto es, poco aprovecha.

Dijo Cristo a sus Apóstoles (*Jn.*, 14): *Tristes estáis porque me quiero ir: el Consolador vendrá, que el Padre lo enviará en mi nombre, y Él os consolará, Él os enseñará todas las cosas, Él os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho, Él abrirá vuestros oídos para que oigáis, y vuestro entendimiento para que entendáis; enseñaros ha a orar, y enseñaros ha todo lo que hubiéredes de hacer, para que en todo acertéis*. En gran manera estamos necesitados de este Consolador, de este Doctor, de este Consejero y de este Enseñador.

¿Qué remedio? Que nos vayamos a la sacratísima Virgen. En gran manera es muy amiga del Espíritu Santo, y Él de Ella. En sus entrañas el incomprendible cupo; su alteza, su grandeza abajó, e hizose temporal siendo eterno, y el rico se hizo pobre, y el muy alto se abajó; y esto todo por obra del Espíritu Santo, por industria, orden y saber suyo. Dijo el ángel

San Gabriel a la Virgen (Lc., 1): *Spiritus Sanctus superveniet in te.* «El Espíritu Santo, Señora, vendrá sobre Vos, y la virtud del muy Alto os hará sombra.» Conoce muy bien el Espíritu Santo las entrañas de la Virgen; conoce muy bien aquel su Corazón tan limpiísimo, conoce muy bien aquel palacio donde tantos y tan grandes misterios obró. No hizo la Virgen, ni pensó ni habló cosa que, en un solo punto desagradase al Espíritu Santo; en todo le agradó, en todo hizo su santa voluntad; por ruegos de esta gloriosa Virgen, por gemidos y deseos y oraciones trajo al Verbo Eterno y lo metió en sus entrañas. Supliquémosla, pues tan amiga es de este Santo Espíritu, nos comuniqué su gracia para hablar de tan alto Huésped.

## 2.—«Vendremos a él.»

*Si Spiritum Sanctum accepistis credentes* (Act., 19, 2). «Si recibisteis al Espíritu Santo por la fe, creyendo», dijo una vez San Pablo a unos. ¿Habéis recibido al Espíritu Santo? ¿Tenéislo en vuestras entrañas? Bienaventurada el ánima que tal ha recibido; bienaventurado el que tal Huésped ha recibido, creyendo: que por fe se da. Respondieron: *Ni sabemos si lo hay*, cuanto más haberlo recibido. No se lo habían dado; y aun quizá habrá aquí quien no lo sepa. ¡Oh si dijédeses verdad! ¿Habéislo recibido? ¿Amáislo? ¿Habéislo servido? ¿Deseáislo? ¿Tenéis gran deseo que se infunda en vuestros corazones? Ni aun sabéis si lo hay. No aprovecha nada que lo deseáis; no basta que digáis que venga, que lo queréis recibir; todo no aprovecha si no hay obras dignas y que merezcan su venida. *Factis autem negant* (Tit., 1, 16). Las obras han de venir con las palabras y con los deseos, para que este tan gran Huésped quiera venir y aposentarse en vuestra ánima.

¡Tiene tantos de predicadores el Espíritu Santo, tantos de Profetas que de Él hablaron antes que el sol fuese criado! Dice la Escritura que el Espíritu del Señor era traído sobre las aguas (Gen., 1): *Et Spiritus Domini ferebatur super aquas.* Los Profetas todos vieron y contaron grandes secretos y misterios de este Santo Espíritu. Entre todos y más que todos dió tales señales Jesucristo nuestro Señor de Él, y dijo tales cosas de Él, que estaban todos espantados de oír las

maravillas que de Él dijo. Dijo Jesucristo a sus Apóstoles (Jn., 14): *No tengáis pena, no estéis penados porque me voy.*

—Antes, Señor, por eso están penados. ¿Qué nuevos amores, Señor, son éstos? ¿Qué nuevas maneras de tratar con los que os aman? Vais os, y aman os más que a la lumbre de sus ojos; queréis os ir, y para consuelo de vuestra ida, decisles: «¿No tengáis pena porque me voy?» Antes por eso la tienen, y es la causa de toda su pena y de todo su desconsuelo pensar, Señor, que os habéis de ir.

—Nadie puede entender esto ni alcanzarlo, sino quien tuviere Espíritu Santo. «Consolados habéis estado conmigo; alegres habéis estado con mi presencia, enseñados con mi doctrina, fuertes con mi presencia. *Yo me voy, y rogaré a mi Padre que os envíe otro Consolador en mi nombre.* Hasta aquí Yo os he consolado; Yo me iré, y yéndome Yo, os enviaré otro Consolador, otra persona.»

—¡Oh poderoso Dios! ¿Quién es este Consolador que habéis de enviar?

—Espíritu de verdad, que morará en vosotros, que os enseñará verdades, no opiniones, no engaños.

¡Bendígante. Señor, los cielos y la tierra! No se contentó Dios Padre con darnos a su muy amado y único Hijo nuestro Señor Jesucristo, y para que muriese por nosotros, sino a Sí mismo. Dijo Jesucristo: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* El que me ama guardará mis palabras, y mi Padre lo amará, y a Él vendremos, y morada cerca de Él haremos.

Que estudie y rumie sus palabras, y las cumpla y guarde; esto os da por señal y prenda de su amor. Y, hermano, decid, ¿cómo os va cuando oís la palabra de Cristo? ¿Holgáis os cuando os hablan de Él? ¿Alégraseos el corazón cuando le oís nombrar, cuando le predicán, alaban y bendicen y glorifican en los pulpitos? Más os alegráis con invenciones, con novedades; esto oís de buena gana.

*El que guardare mi palabra, éste me ama.*

¿Cómo es eso? ¿Cómo tengo de guardar sus palabras? ¿Cómo le tengo de amar?

Habéislo de amar, y en esto mostraréis que verdaderamente le amáis, si por le amar olvidáredes, y dejáredes todo cuanto os estorbare para lo amar, y ver-

daderamente servir (*Mt.*, 5): *Si vuestro ojo derecho, si la cosa que así la amáis como a vuestros ojos, os escandalizare, si vuestra mano derecha, si cualquiera otra cosa que mucho la habéis menester, os apartare de este santo propósito, cortadla.*

—¡Cosa recia es, Padre!

—Habéis de tener una navaja tan afilada, que aunque os pongan delante padre y madre, y hermanos y parientes, y amigos, y todo cuanto así se pudiere decir, si os aparta del amor de Jesucristo, cortadlo, no lo dejéis, holladlo, pasad sobre ello; que aunque esto parece género de crueldad, es gran piedad (1). Si por el dinero, o por la hacienda, o por el pariente o amigo, o por la deshonra o por la honra, o por el favor o arrimo, o por muerte o por vida pecas, córtalo.

—¡Cosa recia! ¿Que no tengo de desear la mujer ajena? ¿Y que no solamente no tome la hacienda ajena, pero que tengo de dar la mía? ¿Y no solamente no tengo de hacer mal a nadie, pero hacer todo cuanto bien pudiere? Cosa recia y trabajosa es ésta; Señor, echad alguna azúcar; que trabajo y sudo por hacer esto, y apenas con todas mis fuerzas salgo con algo; poned algún consuelo, poned algún premio.

—Pláceme. *Mi padre le amará*; mi Padre le querrá bien—dice Jesucristo—, y el galardón que por cumplir mis palabras y guardar mis mandamientos le dará (en esto se les pagarán sus trabajos), que el Eterno Padre pondrá sus ojos sobre él, *y a él vendremos, y morada cerca de él haremos*. No será la venida de pasada, pues ha de pararse a hacer morada y mansión.

¿Quién podrá pasar por esta palabra sin dar bendiciones y alabanzas al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, que vendrá el Padre y el Hijo, y harán habitación en Él? ¿Queréis más? ¿Estáis contentos? ¿Andaréis ya echando mano de las sombras, buscando dienos, buscando honras, deesando subir y valer, y buscar oficios? ¿Queréis más? Dice San Bernardo: «¡Oh endurecidos corazones, a quien tal cuchillo no corta, y tal fuego no enciende, y tal bondad no mueve, y amansa y ablanda!» Viniendo el Hijo y el Padre (2), no te lames huérfano de aquí adelante porque el mundo no te hace honra, porque el mundo no te fa-

(1) San Jerónimo.

(2) La edición de 1596 añade: *y también el Espíritu Santo.*

vorece, porque no tienes prosperidades y riquezas de acá.

—¿Quédate más, Señor, quédate más que dar?

—Yo rogaré al Padre, y enviaros ha otro Consolador.

### 3.—El Consolador de la ausencia de Cristo.

La cosa que más me espanta. Estaban los discípulos esperando este Consolador; deseábanlo tanto, que no se puede decir quién era este Consolador, o qué tal era, que antes que viniese estaban los Apóstoles enamorados de El, y tanto deseaban que viniese para verle. Yo rogaré al Padre, y enviaros ha otro Consolador.

—¿Qué decís, Señor? ¿Qué grandezas se os sueltan de esa boca? ¿Qué tal ha de ser el Consolador que viniendo consuele vuestra penosa ausencia? ¿que consuele, y enseñe y haga todo lo que Vos hacéis?

—¿Podréis atinar, y decir cuánto era el consuelo de Cristo con sus Apóstoles, cuánta era la alegría que con su vista y presencia tenían? En solamente mirarlo, se les quitaban cuantos trabajos tenían. No hay madre que tanto ame a sus hijos, y tanto los regale, cuanto Jesucristo amaba y regalaba a sus Apóstoles; no hay ave que tanto cure de sus hijos, y lo defienda debajo de sus alas y los abrigue, como lo hacía Jesucristo con los suyos. Amábalos entrañablemente, hablaba con ellos, enseñábalos, dábalos mil consuelos, quitábalos los desmayos, esforzábalos, hacíalos tantos bienes. Y amábanle ellos tanto a Él, que dejaron sus haciendas, sus caudales, las redes con que ganaban de comer, y los maridos a sus mujeres, y los hijos a los padres, y algunas mujeres a sus maridos. Érales tan amoroso, y su conversación tan apacible y tan llena de amor, que mil mundos que tuvieran dieran por gozar de Él una sola hora. ¡Qué asegurados, qué alegres, qué gozosos estaban con Cristo! Ricos y dichosos se pueden llamar, y sonlo, que con sus ojos veían a Jesucristo y con sus orejas oían sus santísimas palabras.

Dijoles Jesucristo el jueves de la Cena (Jn., 14): *Desconsolados estáis porque os he dicho que me quiero ir. Estaban estos bienaventurados tan contentos con Jesucristo, que les parecía que no era posible que vi-*

niese cosa a sus corazones, faltando Él, que los pudiese consolar, y que no había en el mundo persona que hinchiese lo que con ausentárseles Cristo les quedaba vacío. Estaban abobados, embebidos en aquel santísimo cuerpo y presencia suya; no creían que podían ser consolados, ido Él de entre ellos. ¿Quién consolará a estos desconsolados? ¿Quién remediará tan gran pérdida? ¿Quién curará esta llaga que la ausencia de Cristo causó en los corazones de sus Apóstoles? Gran llaga de amor fué ésta, necesidad tiene de gran remedio y cura.

—Si yo me fuere, otro Consolador vendrá que os consuele.

¿Qué Consolador puede venir, que no echen menos a Jesucristo? Díceles que se quiere ir, y para templar su pena y tristeza promételes que les enviará otro Consolador.

—Y será tal, que no estéis penados por mi ida; otro Consolador tan bueno como yo, otro que os consolará y os regalará más que yo.

No otro sino Dios pudiera curar esta llaga; y és e es argumento muy grande para creer que el Espíritu Santo es Dios, porque si fuera menos que Dios, no pudiera consolar y curar la llaga que Cristo había hecho con su ausencia. Jesucristo es Dios; si el Consolador que había de enviar fuera menos que Jesucristo, no fuera Dios, y así no pudiera curar la llaga de haberse ido Cristo. Luego claro está, que habiendo de ser Consolador como Cristo dijo, el cual había de consolar a los Apóstoles de la pena que tenían porque Cristo se iba, había de ser también Dios como era Jesucristo, y poderoso para consolar como lo era Cristo. Cierto, no bastara a henchir aquel seno, sino el Espíritu Santo, que es también Dios como Jesucristo (3).

Por tanto, debéis estar muy consolados, porque si le llamáis, os socorrerá en cualquier trabajo que tuviéredes. Y si decís vos: «Levantáronme un testimonio, no sé qué dijeron de mí, perdióseme la hacienda, fuése mi marido, tengo muchos trabajos y enfermedades, murióse mi padre, faltóme mi amigo, estoy desconsolado, tengo grandes tentaciones, hallo gran sequedad en mi corazón, no sé qué me tengo, siempre ando cercado de trabajos y en peligro de muer

(3) *Jesucristo*; la edición de 1596, yo.

te», tened paciencia; no viváis desconsolados; no os dejéis caer, llamad a este Consolador, que consolaros ha, y enseñaros ha; que pues bastó a henchir y sanar y consolar la desconsolación que causó Cristo a sus Apóstoles, también os consolará a vosotros; que mayor pérdida y mayor desconsuelo fué aquél, que cuantos vos podéis tener, por grandes y penosos que sean. Coteja tu desconsuelo y llaga con la de los Apóstoles, y verás cómo el que aquélla curó y consoló siendo tan grande, tan bien y mejor consolará y curará las tuyas.

#### 4.—*Su presencia en el alma.*

¿Haos venido este Consolador? ¿Haos venido este Huésped? ¿Haos venido este buen día por vuestra casa?

—Padre, no sé qué me tengo; lo que mucho me alegraba de antes, ahora me enoja; las alegrías del mundo me entristecen, los placeres me dan pena, los juegos, los pasatiempos, las alegrías y todos los deleites del mundo me hieden; todo me da fastidio.

—Si ha venido este día por vos, si habéis recibido este sentimiento en vuestro corazón, si lo habéis recibido, sabedlo agradecer al Señor, y sabedle dar gracias por ello. Quien en sí recibe este Huésped, quien recibe este Consolador, todo cuanto en el mundo florece, y todo cuanto es tenido en algo de los mundanos, hace menospreciar y tener en poco y en nada, todo da asco, todo harta, todo fastidia y da pena.

Sábele tú llamar a este Consolador, procurálo agradecer y tener contento; porque quien tal Huésped tiene, no se debe descuidar en nada, porque tan gran Huésped gran cuidado requiere. Dile: «Señor, con Vos sólo estoy contento, Vos sólo bastáis a me hartar; sin Vos no quiero a nadie, y con Vos todo lo tengo; estad Vos conmigo y fáltenme todos; consoladme Vos, y desconsuélame todo el mundo; sed Vos conmigo, y todo el resto contra mí.»

¿Dónde está la sabiduría? ¿dónde la hallaremos? En el pecho de Dios está. Pues decid: Después que se fué, quedamos huérfanos, quedamos solos, quedamos sin consejo, desarrimados. ¡Cómo quedamos! ¿Dejónos acá en su lugar a otro? Predíqueoslo el que lo sabe, por su misericordia, y déoslo Él a entender.

¡Oh mercedes grandes de Dios! ¡Oh maravillas grandes de Dios! ¡Quién os pudiese dar a entender lo que perdéis, y también os diese a entender cuán presto lo podríades ganar! Gran mal y pérdida es no conocer tal pérdida; y muy mayor pudiéndola remediar, no la remediar. Quiérete Dios bien; quiérete hacer mercedes, quiérete enviar su Santo Espíritu; quiere henchirte de sus dones y gracias, y no se por qué pierdes tal Huésped. ¿Por qué consientes tal? ¿Por qué lo dejas pasar? ¿Por qué no te quejas? ¿Por qué no das voces?

### 5.—*Encarnación y Espirituación.*

Mas ¿cómo la diremos a esta junta que el Espíritu Santo quiere hacer, y hace con tu ánima? Encarnación no; pero es un grado que tanto junta el ánima con Dios, y un casamiento tan junto y tan pacífico, que parece mucho Encarnación, aunque por otra parte mucho diferencien. Porque la Encarnación fué una tan altísima unión del Verbo divino con su santísima Humanidad, que la subió a Sí a unidad de persona; lo cual no es acá, sino unidad de gracia; y como allí se dice Encarnación del Verbo, se dice acá *Espirituación* del Espíritu Santo.

Así como Jesucristo predicaba, así ahora el Espíritu Santo predica; así como enseñaba, así el Espíritu Santo enseña; así como Cristo consolaba, así el Espíritu Santo consuela y alegra. ¿Qué pides? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres más? ¡Que tengas tú dentro de ti un consejero, un ayo, un administrador, uno que te guíe, que te aconseje, que te esfuerce, que te encamine, que te acompañe en todo y por todo! Finalmente, si no pierdes la gracia, andará tan a tu lado, que nada puedas hacer, decir ni pensar, que no pase por su mano y santo consejo. Seráte amigo fiel y verdadero; jamás te dejará si tú no le dejas.

Así como Cristo estando en esta vida mortal obra grandes sanidades y misericordias en los cuerpos de los que lo habían menester y lo llamaban, así este Maestro y Consolador obra estas obras espirituales en las ánimas donde Él mora y está en unión de gracia. Sana los cojos, hace oír los sordos, da vista a los ciegos, encamina a los errados, enseña a los ignorantes, consuela a los tristes, da esfuerzo a los fla-

cos (4). Como Cristo andaba entre los hombres haciendo estas tan santas obras, y así como estas obras no las pudiera hacer si no fuera Dios, e hízolas en aquel hombre, y llamámoslas obras que hizo Dios y hombre, así estotras que hace acá el Espíritu Santo en el corazón donde mora, llamámoslas obras del Espíritu Santo con el hombre como menos principal.

¿No se llama desdichado y malaventurado quien no tiene esta union, quien no tiene tal Huesped en su casa, quien no tiene tal consejero, quien no tiene tal guia, tal arrimo, tal ayo y consolador y conservador? Y porque no le tenéis, andáis cuales andáis desconsolados, tristes, sin ánimo, llenos de amargura, sin devoción, llenos de miserias. Decidme, ¿habéislo recibido? ¿Habéislo llamado? ¿Habéisle importunado que venga? ¿Cuántas lágrimas os cuesta? ¿Cuántos suspiros? ¿Cuántos ayunos? ¿Qué devociones habéis hecho? ¡Dios sea con vosotros! No sé cómo tenéis paciencia, ni cómo podéis vivir sin tanto bien. Mirad, todos los bienes, todas las mercedes y misericordias que Cristo vino a hacer a los hombres, todas éstas hace este Consolador en nuestras ánimas; predícate, sánate, cúrate, enséñate y hácete mil cuentos de bienes.

¿No os ha acontecido tener vuestra ánima seca, sin jugo descontenta, llena de desmayos, atribulada, desganada, y que no le parece bien cosa ninguna buena? Y estando así en este descontento, y algunas veces bien descuidado, viene un airecico santo, un soplo santo, un refresco que te da vida, te esfuerza, te anima, y te hace volver en ti, y te da nuevos deseos amor vivo, muy grandes y santos contentos, y te hace hablar palabras y hacer obras que tú mismo te espantas. Eso es Espíritu Santo; eso es Consolador, que en soplando que sopla, en viniendo que viene, os hallaréis tocado como de piedra imán, y con alientos nuevos, y obras y palabras y deseos nuevos; que antes no hallábades tomo en cosa ninguna, todo os estorbaba, todo os enojaba; ahora en todo hallaréis sabor y mucho contento, en todo os alegráis, todo os enseña. Una hierbecita, que con atención miráis os hace dar mil alabanzas a Dios nuestro Señor, y os da a conocer el Hacedor y Criador maravilloso de todas las cosas, y pone en vuestro corazón sentimien-

---

(4) Himno: *Veni, Sancte Spiritus*,

tos devotos y agradecidos al Señor Todopoderoso, y otras cosas; que si tuviédes licencia para hablar, diríades maravillas y grandezas de lo que el Señor de todo lo criado da a conocer.

¡Oh alegre Consolador! ¡Oh, sopro bienaventurado, que lleva las naos al cielo! Muy peligroso es este mar que navegamos; pero con este aire y con tal Piloto seguros iremos. ¡Cuántas naves van perdidas! ¡Cuántos contrarios vientos corren y grandes peligros! Mas en soplando este piadoso Consolador, las vuelve a puerto seguro. ¿Y quién podrá contar los bienes que nos hace y los males de que nos guarda? De allá sale el viento, y allá vuelve, al Padre y al Hijo; de allá lo espiran, y allá espira Él a sus amigos; allá los guía, allá los lleva, para allá los quiere.

#### 6.—*Visión de Ezequiel.*

Dijo Cristo a sus Apóstoles: *Sentaos en la ciudad.*

—¿Pues para qué, Señor? ¿No iremos a predicar? ¿Qué hemos de hacer sentados? ¿Qué nos falta?

—Antes que venga el Consolador, antes que sople este viento de Espíritu Santo, estamos sentados, estamos pesados, pesará mucho nuestra ánima, todo se le hace dificultoso, todo le parece imposible, no le parece que hay camino para el cielo, en todo halla estorbo, y anda cargado con una arroba de plomo, ¡qué digo arroba!, como con cien quintales de plomo. ¿Cómo los huesos muertos han de tener vida? ¿Cómo, estando secos, han de cubrirse de carne y resucitar? Claro está que ellos de su parte, y solos por sí, que no podrán nada; pero Dios que todo lo puede, los puede cubrir de carne, y darles espíritu de vida, y resucitarlos, y darles movimiendo y vida.

Llamó Dios al Profeta Ezequiel (37) y dijole: *Hijo de hombre: a tu parecer estos huesos que aquí ves, ¿podrán tener vida, y ser cubiertos de carne y nervios? Respondió Ezequiel: Señor, eso que me preguntáis Vos lo sabéis. Dijo Dios: Diles así: «Huesos secos, yo echaré sobre vosotros espíritu de vida, y os cubriré de nervios, y haré crecer carne sobre vosotros, y extenderé pellejos también sobre vosotros, y os daré vida, y sabreis que yo soy el Señor.»*

Hueso seco, duro y sin jugo ni virtud es todo hombre que está sin el Espíritu Santo; hueso muerto.

Pero después que el Profeta llamó al viento para que soprase sobre los muertos, tuvieron los huesos vida; todo se muda, lo pesado se hace liviano, y lo muerto revive. Estabas tú malo, pesado, sin fuego de caridad, muerto, y no sabías hacer a nadie una poca de misericordia, ni tenías ternura; estabas desmayado con flaqueza, sin esperanza de poder hacer cosa buena, y pesado como muerto. Estando así, díctete Dios: Hombre, no desmayes; ¿piensas que no has de poder resucitar? Esfuérzate, que más poderoso soy Yo para te salvar, y para te resucitar, y dar vida y alegrarte, que todos tus males para derribarte, perderte y entristecerte y matarte. Más bondad es la mía para hacerte bueno, que tu maldad mala para condenarte y hacerte malo.

¡Bendígante, Señor Dios Todopoderoso, los cielos y la tierra! ¡Cuántos testigos veremos en el día pos-trero de esto, que sus naos iban ya para se perder, iban a se hacer pedazos, estaban para se hundir, y soplándolos tu soplo fueron salvas, y llegaron con tranquilidad y seguridad al puerto! ¡Cuántos, perdi-da toda esperanza de vida, resucitó su Espíritu, y dió vida y deseos nuevos, y alegró y confirmó con nue-va esperanza! ¿Quién hace todo esto? El Espíritu San-to, que sopló, y llevó hasta Dios sin resistir.

¿Qué más hace? ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo podrá decir? Echan los Apóstoles en la cárcel, azótanlos, y mándanlos que no prediquen; y ellos *sálense* riendo y gozosos, y sintiéndose por bienaventurados *porque fueron dignos de padecer trabajos y afrentas por Cristo nuestro Redentor*. Si no, mira que por miedo de una mujercilla, niega y reniega San Pedro tres veces de Jesucristo, y dice (*Jn.*, 18): *No conozco tal hombre*. Y después de venido este Consolador, este soplo a su corazón, no bastan amenazas, no cárce-les, no prisiones, no azotes, no la misma muerte para hacerle que dejase de predicar y confesar el santo nombre de Jesucristo. Decía San Pablo puesto en pri-siones y cárceles (*Philip.*, 1): «No penséis que, porque estoy en esta cárcel preso, estoy desconsolado; hágoos saber que aquí donde estoy en esta cárcel, tengo con-suelo para mí y para vosotros, y desde aquí consuelo a todos.»

Dice Jesucristo en su Santo Evangelio (*Jn.*, 4): *Quien hubiere sed, venga*. ¿Qué queréis decir, Señor? ¿Qué aguas tenéis para mata la sed a los que a Vos

vinieren? No hay aguas ni fuentes tan frescas que así maten la sed y refrigeren a los que están sedientos, como el Santo Espíritu de Cristo. Con Él se matan las ansias y sedes de este mundo, y se apagan los calores de fuego que nos encienden los deseos para amar y desear cosas de la tierra. Y por eso dice Cristo nuestro Señor: *Quien hubiere sed, venga a Mí*. Viniendo a Él, y bebiendo del agua de su Santo Espíritu, y recibiendo este Consolador y este soplo del Espíritu Santo, será hartado, será consolado, será enseñado y lleno de abundancia, y guiado sin error y fuera de toda duda.

### 7.—La escuela del Espíritu Santo.

Dice San Bernardo que todas las cosas te enseñará; unas veces de ti a Él solo, otras veces por boca de otro hombre; te avisa, te enseña, te consuela, ayuda y esfuerza, que así lo quiere Él; que [si] hubiese muchos discípulos que quisieren ser señalados con esta doctrina, que quisiesen oír y cursar en esta escuela gozarían de este Espíritu manso, fuente de sabiduría.

En esotras escuelas, aunque sea un hombre malo, puede salir letrado en su género y maneras de letras; mas en esta escuela gozarán de este Espíritu Santo y saldrán sus discípulos *ablactatos a lacte, avulsos ab uberibus* (Is., 28); los que están ya destetados y apartados de los pechos de sus madres; a estos tales enseña el Espíritu Santo, con éstos se comunica, a éstos se da. Atreveos, hermanos, a destetar[os] por Dios, atreveos a apartaros de los pechos de vuestras madres, para que seáis discípulos, y enseñados en la escuela del Espíritu Santo Destetaos de vuestra voluntad, de vuestro propio parecer, salíos y apartaos de vosotros mismos, salíos de vuestro natural y de vuestros juicios.

Señor mío y Dios mío, si Vos no me sois amigo, si Vos no me ayudáis, si no me favorece vuestra poderosa mano, ¿cómo podré yo hacerlo? ¿Cómo podré desarrimarme y destetarme, y apartarme de lo de acá? Y ayudándome Vos, todo lo podré, todo lo haré; no habrá cosa que me detenga, todo lo olvidaré, todo lo menospreciaré y lo echaré de mí. Más quiero, Señor, ser penado por Vos, que alegre con el mundo; más quiero llorar que reír, pues tan gran galardón ha

prometido Jesucristo nuestro Redentor, diciendo con su preciosa boca (*Mt.*, 5): *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur*. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Al destetar suelen morir algunos niños. Unos tienen su consuelo puesto en sus hijos, otros en sus tesoros y en sus riquezas, otros en la honra, otros en los oficios y mandos, otros en favores, otros en sus mujeres y maridos; y así cada uno se apacienta y se alegra con aquello que es según su condición, y más contento le da. Déjalo todo, hermano, desteta a este tu corazón, apártale de los pechos donde tiene puesto su amor. Algunos destetados suelen volver atrás. Atrévete, hermano, y si alguna cosa te sabe bien, piérdela por nuestro Señor Dios, y di: Por vuestro amor quiero perder esta alegría, este consuelo, esto que me sabía bien, y lo otro que me da contento; todo lo que Vos, Señor y mi Dios quisiéredes que olvide, que aparte, que niegue, que haga, todo lo haré, y de todo me apartaré; ayudadme Vos, Señor mío y consuelo mío, esforzadme Vos, dadme favor.

*Accende lumen sensibus—infunde amorem cordibus,—infirmi nostri corporis—virtute firmans perpeti* (5). Alumbrad, Señor, con los rayos de vuestra lumbre y claridad eterna, las tinieblas de mi entendimiento, para que pueda con claridad y certidumbre escoger a Vos sólo por bien eternal mío, y olvide y tenga en poco todas esotras cosas. pues son sombras falsas y apariencias engañosas. Y conociéndoos, *haced*, Señor y mi Dios, que mi corazón y toda mi voluntad se encienda en amor vuestro y deseo vuestro, para que a Vos sólo ame, a Vos sólo quiera, a Vos sólo me arrime, en Vos sólo ponga mis ojos, y para siempre no consintáis que sea apartado de amaros. Y porque la flaqueza de estos cuerpos estorba a que esto no se haga tan libremente como es razón, *esforzad*, Señor, con vuestra fuerza la flaqueza de mi cuerpo, la bajeza de mi sensualidad y habilidad, para que todo lo que hay en mí os contente y agrade, y os entienda, ame y sirva.

—Padre, pues tantos bienes he oído de este Consolador, de este Huésped, que habemos de recibir en nuestras ánimas, sepamos a qué viene, qué hace en nuestras ánimas.